

METTY JONES

Y EL TATUAJE DE LA CALAVERA



PHILIPPA LEATHLEY

METTY JONES

Y EL TATUAJE DE LA CALAVERA

1.ª edición: enero de 2026

INKBOUND, © 2025 by Philippa Leathley
© De la traducción: Jaime Valero, 2026
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-143-4077-6
Depósito legal: M-20040-2025
Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PHILIPPA LEATHLEY

METTY JONES
Y EL TATUAJE DE LA CALAVERA

ANAYA

*Para mi maravillosa madre
y mis queridas ahijadas,
Iris y Nancy*

* + * *

CAPÍTULO UNO

* +

POZOSCURO

Había algo extraño en el billete de Metty. Lo inspeccionó por enésima vez mientras el vagón traqueteaba a su alrededor y serpenteaba a través de los túneles del metro de Londres. Tuvo que entornar los ojos para leer las letras que había en la parte superior. «Pozoscurro», exponían con un peligroso fulgor morado.

¡Pero si no existía ese lugar!

Frunciendo el ceño, Metty le dio la vuelta al billete e inspeccionó el reverso. La pequeña letra de imprenta era difícil de descifrar, aunque eso era lo de menos. Se había pasado horas examinando mapas del metro, sirviéndose de un dedo para trazar todas las líneas de colores. Se las sabía de memoria, pero nunca había visto ninguna estación llamada Pozoscurro.

Y ahora el tren se dirigía a toda velocidad hacia el final de la línea. Se estaban quedando sin estaciones a pasos agigantados.

Metty pegó un respingo cuando el capitán soltó un ronquido prodigioso, atrayendo las miradas de desaprobación de los demás pasajeros. Miró de reojo a su padre. Estaba apoyado en la

ventanilla, dormido como un tronco, con los brazos cruzados y un sombrero de fieltro calado sobre los ojos.

Cualquiera diría que no había descansado en varios días, pero el capitán siempre parecía agotado. El ama de llaves aseguraba que se había pasado demasiados años en la marina, mecido por las aguas agitadas del océano hasta dormirse, y que se le había olvidado cómo vivir en tierra firme.

Metty estaba a punto de despertarlo cuando un altavoz crepitó por encima de su cabeza:

—La próxima parada es Aldgate, donde este tren finaliza su trayecto. Por favor, no olviden sus pertenencias al salir.

—Capitán —susurró, dándole unos golpecitos a su padre—. ¡Despierta, capitán!

Su padre se espabiló con un bufido y se incorporó con tanta brusquedad que estuvo a punto de perder su sombrero. Tenía los ojos de color castaño oscuro, hinchados a causa del cansancio, y los paseó por el interior del vagón hasta que localizó a Metty a su lado.

—¿Qué ha pasado? ¿Hemos llegado ya?

—Estamos en Aldgate —dijo Metty mientras el tren entraba resoplando en la estación. Enarcó las cejas y le dirigió una mirada exasperada—. Es el final de la línea.

—Para nosotros, no. —El capitán bostezó y se volvió a acomodar.

—Pero por el altavoz han dicho... Mira, se está bajando todo el mundo.

—No te preocupes por lo que hagan los demás. Ninguno de ellos se dirige a donde vamos nosotros.

—¿Te refieres a la estación de Pozoscuro? —preguntó Metty, dubitativa.

—A esa misma.

—Pero no existe tal sitio.

—¿Cómo lo sabes? —repuso el capitán, que la miró pensativo.

—Porque nunca la he visto y no sale en ningún mapa.

Una sonrisa se desplegó por el rostro de su padre mientras se incorporaba otra vez y se inclinaba hacia delante, con los codos apoyados sobre los muslos.

—Ya comprobarás, vida mía, que la mayoría de los lugares interesantes nunca salen en los mapas. Y ya veo que eso te produce un terrible descontento. —Soltó una risita y le dio un golpecito a Metty bajo la barbilla—. Venga, agárrate a tu asiento. Sujétate bien.

—¿Por qué? —preguntó ella con una punzada de nervios.

—Porque creo que estamos a punto de partir.

Metty apenas acababa de agarrarse al poste cercano que se extendía desde el suelo hasta el techo cuando un chirrido metálico reverberó en el exterior, seguido por un ruido sordo que estremeció el vagón entero. Sonó como si algo estuviera arrancando las vías por delante de ellos. Metty puso una mueca y se encorvó, elevando los hombros hacia las orejas, deseando que cesara el ruido.

Al fin, el estrépito remitió y ella se giró para mirar por la ventanilla. No pudo ver nada aparte del andén y un tramo de escaleras que conducía hasta la calle. Todos los demás pasajeros habían desaparecido, dejándola a solas con el capitán dentro del vagón.

El altavoz volvió a zumbar por encima de su cabeza:

—La próxima parada es Pozoscurio.

Su padre torció el gesto, como si estuviera preparándose para algo desagradable.

—Esta parte siempre me produce ganas de vomitar —dijo. Después, al ver la cara de espanto de Metty, añadió—: No te preocupes, intentaré apuntar para otro lado.

—Pero ¿qué está a punto de...?

La pregunta volvió a deslizarse hacia el interior de su garganta cuando el tren se zarandeó y echó a rodar sobre las vías. De repente, estaban ladeándose como un vagón en lo alto de una montaña rusa a punto de caer en picado por una pendiente aterradora. Se escuchó un traqueteo mientras las ruedas del tren giraban cada vez más deprisa, ganando velocidad.

Y entonces, antes de que Metty pudiera gritar siquiera, se introdujeron en un túnel negro como boca de lobo que se había materializado ante ellos.

La sangre se le agolpó en los oídos, dejándola mareada. Las luces del vagón se apagaron y no quedó nada más que negrura en el túnel descendente, densa y viscosa como un océano de alquitrán. Metty sintió como si se le hubieran derretido las entrañas, derramándose de un lado a otro a medida que el convoy se desplomaba a través de una oscuridad infinita. Al fin, se pararon con un chirrido, quedando a ras de un andén nuevo.

Metty se miró las manos, estaba temblando como un flan. Agarraba el poste con tanta fuerza que sus nudillos se habían quedado blancos como la tiza. El capitán tenía un brazo extendido sobre el pecho de su hija, sujetándola al asiento. Ella no se había dado ni cuenta durante el caos de aquel descenso vertiginoso.

—Esta estación es Pozoscuro —anunció el orador con voz hastiada—, donde este tren finaliza su trayecto. Por favor, no olviden sus pertenencias al salir.

—Listo —dijo el capitán mientras se ponía en pie a duras penas. Su rostro, de costumbre tan rubicundo, tenía una tonalidad cetrina—. No ha sido para tanto, ¿verdad?

Metty lo observó sumida en un silencio gélido.

Miró en derredor mientras salía del vagón detrás de su padre hacia la estación de Pozoscuro, agarrada a la manga de su abrigo. Aquello parecía una especie de cueva. El techo era una placa de

roca negra iluminada por varias filas de carámbanos titilantes. Por debajo, y extendiéndose desde la estación, había una calle corta y abarrotada.

Metty contó veinte edificios en total: casonas góticas, tiendas misteriosas, cafeterías extrañas y un teatro con un letrero luminoso. Ese lugar tenía una estética que parecía sacada de otra época, como si hubieran recalado en una calle de la década de 1920. Faltaba una semana para Halloween y los residentes de Pozoscuro habían decorado la zona en consecuencia. Había calabazas aviesas delante de las imponentes casas. Y telarañas desplegadas sobre los postes de las farolas junto con enormes arañas de goma, hechizadas para que menearan sus patitas espigadas. Metty abrió mucho los ojos al ver la niebla verde y mágica que se arremolinaba a través de la cueva. Se congregaba alrededor de los edificios, evocando una atmósfera deliciosamente macabra.

—¿Estamos por debajo del metro? —le preguntó al capitán con una voz cargada de asombro.

—Estamos por debajo del Viejo Londres —respondió su padre—. Muy por debajo, de hecho.

—Pero ¿por qué está oculto este lugar? ¿Todo el mundo conoce su existencia?

—Oh, lo conoce mucha gente. Lo complicado es llegar hasta aquí: los billetes son difíciles de encontrar y cuestan un ojo de la cara. Pozoscuro es un poco... exclusivo, por decirlo así.

—¿No querrás decir «ilegal»? —repuso Metty con una mezcla de pavor y entusiasmo.

Su padre solía ser un hombre muy respetable. Le sorprendió que la hubiera traído a un lugar tan misterioso. Y tan mágico, como saltaba a la vista. En Inglaterra, la magia llevaba siendo controlada de manera estricta durante las últimas décadas. Había unas cuantas excepciones, por supuesto: cosas inofensivas como usar encantamientos para curar una pierna rota, o para

acelerar obras molestas en las carreteras, o para comunicarse con alguien por medio de un espejo, pero la mayoría de los actos mágicos atentaban contra la ley. Según el capitán, las calles del Viejo Londres no habían resultado siempre tan anodinas e insulsas, sin un solo encantamiento que les diera brillo, aunque llevaba siendo así desde que Metty tenía recuerdos.

—No es ilegal, exactamente. —Su padre giró hacia la casona más grande y glamurosa, situada al final de la calle—. Pozoscurio tiene cierta reputación, eso es todo, como la mayoría de los depósitos de magia que quedan de los viejos tiempos. No pongas esa cara de susto, Met. Ya sabes que no te traería aquí sin un buen motivo. Y hablando de eso...

Se detuvieron enfrente de la imponente casona y el capitán llamó al timbre. Poco después, un mayordomo entrado en años acudió a recibirlos. Llevaba tatuada en la mano, justo por debajo de los nudillos, una llave plateada. Metty la observó con fascinación, intentando recordar qué significaba un tatuaje como ese. Desvió los dedos hacia el bolsillo de su chaqueta y hacia el librito que llevaba guardado dentro.

—Buenas tardes —dijo su padre, quitándose el sombrero. Su voz resonó con júbilo y estridencia, sobresaltando a Metty, que volvió a bajar la mano.

—Buenas tardes, señor —respondió el mayordomo con tiento—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Hemos venido a conocer a la famosa profetisa.

—Entiendo. ¿Y madame LeBeau espera su visita?

—Cuento con ello, desde luego. Pedí una cita la semana pasada y pagué una cifra exorbitada para conseguirla. —El capitán hizo una pausa y miró a Metty con una sonrisa de orgullo, aunque ella percibió un atisbo de inquietud en sus ojos—. La verdad es que hoy es un día especial para nosotros. Es el cumpleaños de mi hija.

—Entiendo —dijo el anciano, que miró a Metty con curiosidad—. En ese caso, será mejor que pasen.

Lo siguieron hasta un pasillo con una lámpara de araña negra y el suelo de madera pulida. Las paredes estaban decoradas con carteles enmarcados, como los que cabría encontrar en un teatro para anunciar los próximos espectáculos. Uno en concreto llamó la atención de Metty: un retrato de una joven ataviada con un vestido de lentejuelas que sujetaba una bola de cristal entre sus dedos largos y oscuros. Unas palabras llameantes recorrían el cartel.

Madame Fayola Le Beau

Aclamada médium y profetisa de fama mundial.

Sean testigos de la exquisita oráculo durante

SOLO UNA SEMANA

en el

Teatro de las Sombras

Apertura de puertas a las 20.00 h

El precio de las entradas no es negociable.

No se admiten reembolsos.

No se garantiza un sino satisfactorio.

—No será esa la mujer que hemos venido a ver, ¿verdad?
—susurró Metty—. ¡Tiene un aspecto escalofriante!

El capitán soltó una risita.

—No me digas que te está entrando canguelo.

—¡No es eso!

Metty se moría de ganas por ver a una profetisa desde hacía una eternidad, estaba deseando que su décimo cumpleaños

llegase de una vez. Y ahora que por fin había llegado el día, no pensaba echarse atrás.

Su padre la miró con cariño y dijo:

—Es normal ponerse nervioso antes de la ceremonia del sino. Todo el mundo se siente un poco...

—No estoy nerviosa —protestó Metty.

El mayordomo los condujo hasta la primera puerta del pasillo.

—Por favor, tomen asiento mientras informo a la señora de su llegada —dijo mientras realizaba un barrido con la mano.

El capitán le sostuvo la puerta a Metty, que accedió a un salón anticuado con muebles de otra época y cortinajes aparatosos. Había dos sofás alargados y una mesita auxiliar en el centro de la habitación, sobre la que reposaba una pila de periódicos y revistas.

Metty estaba a punto de sentarse cuando algo la distrajo: unos destellos dorados que se deslizaban por las paredes como si fueran chorretones de miel. Miró arriba, frunciendo el ceño, y un resuello escapó de sus labios.

Flotando en el techo elevado había cientos de medusas. Algunas eran diminutas, otras grandes como sandías, y sus cuerpos irradiaban luz en la estancia, que por lo demás estaba en penumbra. Se quedó fascinada, incapaz de mirar para otro lado. Era evidente que las medusas estaban pintadas en el techo, pero aun así se movían como criaturas vivientes, deslizándose como si flotaran por el agua, con unos tentáculos y cabezas esponjosas que se ondulaban como por el roce de unas olas invisibles.

—Son maravillosas, ¿no les parece? —dijo el mayordomo tras aclararse la garganta—. Mi señora tiene muy buen ojo para la decoración mágica —añadió mientras observaba las medusas con una sonrisa pensativa. Metty no había percibido su llegada—. Entonces, ¿se trata de tu décimo cumpleaños, chiquilla?

—Pues sí —respondió ella, apartando la mirada del techo con esfuerzo.

—¿Y por eso has venido a ver a madame LeBeau?

Metty tragó saliva y asintió con determinación.

—He venido a descubrir cuál es mi destino.

✱ + ✱ ✱

CAPÍTULO DOS

✱ +

EL BARCO Y LA ROSA

Metty llevaba queriendo descubrir su destino desde que tenía uso de razón. Se había pasado años soñando despierta con ese momento. Un pájaro cantor que predijera que se convertiría en una cantante famosa; un telescopio que significase que de mayor sería una exploradora; o algo tan singular que no pudiera siquiera imaginarlo.

Siempre se sentía celosa cuando algún niño de su colegio cumplía diez años, para después aparecer al día siguiente con un tatuaje mágico en la mano. A la hora de comer, lo único que hacían los niños con sino era comparar símbolos y tratar de averiguar qué significaban. Los tatuajes de pelotas de fútbol y zapatillas de *ballet* eran bastante obvios, pero había un chico en su clase que tenía un león, y eso podía predecir toda clase de cosas: fortaleza, valentía, incluso tener de mayor un pelazo glorioso. Al menos, de acuerdo con el diccionario de sinos que su tía le regaló por su cumpleaños.

—Soy el capitán Moral Jones —le dijo su padre el mayordomo, que estaba anotando sus nombres en un libro de registro—.

Y esta jovencita encantadora y vestida de punta en blanco es mi hija, la señorita Meticulous Jones. Se escribe con una sola T y no olvide poner la segunda U.

—Qué inusual —dijo el anciano, que no pudo disimular una sonrisita mordaz.

—Sí, existe cierta competición en mi familia por ver quién tiene el nombre más ridículo. De momento va ganando mi hermano Monotonous.

—O el tío abuelo Maniacal —sugirió Metty.

—Sí, pero él no está vivo, mi amor.

—¿Y?

—Es obvio que la muerte descalifica a la gente.

El mayordomo soltó un suspiro lastimero.

—¿Me lo dicen o me lo cuentan? —replicó antes de recobrar la compostura.

Metty dirigió la mirada sobre uno de los periódicos de la mesita auxiliar. **LA 80.^a CIUDAD MÁGICA DEL MUNDO: NUEVO CAIRO SE INAUGURARÁ DENTRO DE DOS AÑOS**, anunciaba el titular de la portada. Debajo había una foto de varios empresarios egipcios posando delante de la maqueta de una ciudad.

—¿Nuevo Cairo? —preguntó Metty, mirando de soslayo a su padre.

—Otra neocapital. A este ritmo, habrá cientos de ciudades ridículas como esas, una por cada país.

—Creo que China ya tiene tres —recalcó el mayordomo.

—Si ya hay tantas, ¿por qué siguen construyendo más? —preguntó Metty.

Llevaba toda la vida escuchando historias sobre las neocapitales —ciudades fantásticas repartidas por todo el globo—, pero nunca había visitado ninguna. Al menos, no lo recordaba. En teoría, eran los únicos lugares del planeta donde la magia era

completamente legal, donde los encantamientos relucían en cada esquina y donde cualquier cosa parecía posible.

—Para alardear, supongo —respondió el capitán—. Me pregunto dónde planearán construirla. Cerca de Egipto, cabe esperar. Lo normal es que intenten mantenerlas cerca de la original.

—Junto al mar Rojo, al parecer —explicó el mayordomo mientras guardaba su estilográfica. Cerró el libro de registro y sonrió a Metty con simpatía—. Ahora que está todo en orden, puedes ir al piso de arriba. Hay un joven esperando junto a la sala de espiritismo. Creo que madame LeBeau os recibirá a los dos al mismo tiempo.

—Si no le importa, esperaremos un poco más —dijo el capitán, mientras miraba el reloj con un gesto de tensión que cualquiera diría que era fruto del estreñimiento. No era fácil poner nervioso al padre de Metty, pero ella conocía ese gesto y sabía qué lo inspiraba. O quién—. Estamos esperando a mi exmujer. Acostumbra a ser impuntual, pero espero que no tarde mucho más.

La espera hasta el siguiente tren se hizo eterna, y Metty no tardó en caer presa del aburrimiento. Es más, estaba empezando a preocuparse por la hora. Si su madre se retrasaba demasiado, puede que la profetisa se negase a recibirlos, y si perdían esa cita, se acabó. Las ceremonias del sino se celebraban siempre durante el décimo cumpleaños de una persona y no había segundas oportunidades.

—Relájate —dijo el capitán, dándole unas palmaditas en el hombro—. Ya llegará.

Metty refunfuñó, no muy convencida. Se puso en pie y caminó con paso cansino junto a uno de los sofás del salón. Varias medusas del techo descendieron por las paredes para verla mejor. Una que era diminuta y con los tentáculos trémulos flotó directa hasta su cara.

—Hola —la saludó Metty, extendiendo una mano. La medusa empezó a alejarse flotando—. Tranquila, no te asustes.

Metty trazó con el dedo el contorno de su cabeza bulbosa, luego pegó un respingo cuando la medusa soltó un destello y le dio un calambre en el dedo.

—Deja de aterrorizar a las luces —la reprendió el capitán, tirándole de la chaqueta.

—Solo estoy jugando con ella. —Metty se dejó caer sobre el sofá y se sopló la yema del dedo lastimada, luego se giró hacia su padre con una sonrisa pícar—. En cualquier caso, pensaba que querías que hiciera más amigos.

—Por extraño que parezca, no me refería a dispositivos de iluminación peligrosos.

Todavía nerviosa, Metty se metió una mano en el bolsillo y sacó el libro que su tía le había regalado.

DICCIONARIO OFICIAL BRITÁNICO DE LOS SINOS

500 destinos habituales y su significado

49.^a edición

Deslizó el pulgar sobre el lomo rojo. La nota del editor en la primera página decía que solo el cinco por ciento de las personas tenían un sino inusual. La mayoría recibían uno de los tatuajes habituales: una llave inglesa para un niño que de mayor sería mecánico, o un estetoscopio para un futuro médico. Metty esperaba que el suyo no fuera algo común.

Se puso a hojear el diccionario, en busca de una llave. Miró de soslayo al mayordomo, que había recogido el periódico con la noticia de Nuevo Cairo en la portada y se lo estaba leyendo en una esquina.

—¿Sabes lo que significa un sino con una llave? —le susurró a su padre.

—Calla.

—Yo te lo cuento. Lo pone justo aquí.

—No seas maleducada, Metty —murmuró el capitán.

Ella puso cara de fastidio. Los adultos tenían unas reglas extrañas con los sinos. Metty no entendía por qué era de mala educación hablar de ellos.

—Los sinos con llave están relacionados con cerrajeros, amas de llaves, o con tener montones de secretos. —Metty miró al mayordomo con los ojos entornados—. Él tiene pinta de guardar bastantes secretos, ¿no crees?

El capitán esbozó un gesto de severidad risueña.

—Voy a quitarte ese libro de las manos y a esconderlo en alguna parte.

—De eso nada.

Metty volvió a guardarse el diccionario en el bolsillo justo cuando un fuerte estrépito resonó por la casa, extendiendo unas vibraciones por las paredes. Las medusas se apiñaron entre ellas, como si se hubieran asustado, formando unas columnas de luz cegadoras en el techo. Metty se levantó del sofá con un respingo y se asomó por la ventana.

Un tren salió disparado como una bala de un agujero situado en lo alto de la caverna y se detuvo junto al andén que había al otro lado. Un segundo después, una de las puertas del convoy se abrió y una única pasajera se apeó del tren. La madre de Metty se quedó parada, deslizando una mano por su estiloso cabello castaño, luego se encaminó contoneándose hacia la casa de madame LeBeau.

Daphne Wolff poseía una de esas bellezas hipnóticas que parecían sacadas de una pantalla de cine, con una piel que relucía como las estrellas y unos ojos oceánicos que centelleaban por debajo de unas cejas bien esculpidas. Como siempre, el color de sus labios encajaba a la perfección con el tono rojo cereza de su vestido.

—La suerte está echada —suspiró el capitán, poniéndose en pie.

Sonó el timbre, que reverberó por toda la casa, y el mayordomo acudió a abrir la puerta.

—¡Que no cunda el pánico, ya estoy aquí! —exclamó Daphne, que entró con elegancia en el salón unos segundos después. Primero se acercó al capitán y le plantó un beso en la nariz. Le dejó una manchita roja—. Siento llegar tarde. Ha sido un largo viaje.

Luego se giró hacia Metty y le dio un beso en cada mejilla, después le limpió los restos de carmín con el pulgar.

—Estaba en Roma. Es decir, en Nueva Roma. He tenido que venir hasta aquí con un viaje relámpago que me dejó el pelo hecho un desastre. ¡He tardado un montón en arreglármelo! Uf, ¿no hace mucho frío aquí? No se me ocurrió traer un abrigo.

—Qué bien que por fin hayas aparecido —refunfuñó el capitán.

Daphne lo ignoró. Miró a Metty con una sonrisa, después la agarró por la barbilla e inclinó su rostro hacia arriba, para someterlo a una inspección concienzuda. Metty supuso que habría cambiado mucho desde las Navidades previas a las últimas.

—Santo cielo, ¿esta señorita tan mayor no puede ser mi pequeña! Feliz cumpleaños, tesoro. ¿Recibiste todos los regalos que te envié? Ya veo que sí. Llevas puestos los zapatos que compré en Nuevo París. ¿A que son preciosos?

Los zapatos blancos eran una talla más pequeños de lo debido y ya le habían dejado ampollas en los dedos de los pies, pero Metty se los había puesto a pesar de todo. Le pareció de mala educación no hacerlo.

—En realidad, son un poco... Me encantan —mintió.

A su madre se le iluminó el rostro como si fuera una niña delante de un tarro lleno de caramelos.

—¿De verdad? Cuánto me...

—Oye, Daph, aunque es un placer verte, se está haciendo tarde, así que quizá esto podría esperar hasta después de la ceremonia —dijo el capitán, airado.

Daphne se giró hacia él con una sonrisa juguetona.

—Ay, Moral, no finjas que no me has echado de menos.

—¿Puede decirme su nombre, señora? —dijo el mayordomo, preparando su estilográfica.

—Claro, soy Daphne Wollf. El apellido se escribe con dos eles.

Metty carraspeó mientras el anciano anotaba el nombre de su madre. Ahora sí que tenía los nervios a flor de piel. ¿Y si su sino era aburrido y pronosticaba que de mayor trabajaría en un banco o algo así? ¿Y si estaba destinada a ser cobarde o estúpida? O peor, ¿y si estaba destinada a morir en un accidente horripilante? El capitán decía que los tatuajes que predicen muertes horribles no existen, pero Metty no estaba tan convencida.

Miró el destino grabado en la mano de su madre: una rosa roja con un tallo repleto de espinas. Metty lo había visto muchas veces, pero nunca se había fijado demasiado en él. No recordaba haber hablado nunca de sinos con Daphne. De hecho, su madre se ausentaba tan a menudo que nunca habían hablado de casi nada.

Metty volvió a sacar el diccionario con todo el disimulo posible. No había ninguna entrada específica sobre rosas, lo que significaba que no era un tatuaje común.

FLORES: relacionadas con floristería, matrimonios excesivos o una alergia al polen letal.

Metty parpadeó alarmada. Su madre no era florista. De hecho, que ella supiera, Daphne no había trabajado un solo día en toda su vida. Solo se había casado una vez, con el capitán, y

Metty no pensaba que padeciera una alergia al polen leve, no hablemos ya de su variante letal. Cerró el libro y miró a su madre con el ceño fruncido.

—Hum, ¿Daphne?

—¿Sí, nena?

—Me estaba preguntando una cosa: ¿sabes qué significa tu sino?

Su madre sonrió con satisfacción.

—¿Mi destino? Bueno, siempre ha habido cierto debate en torno a eso. No es uno de esos sinos tradicionales tan aburridos.

—¿Quieres decir como el mío? —replicó el capitán, levantando la mano derecha, donde una vela se desplegaba con orgullo sobre el barco que tenía tatuado allí.

—A ti te pega, querido —repuso Daphne.

—¿El qué? ¿Ser aburrido y tradicional? Pues muchas gracias.

Daphne sonrió para sus adentros mientras extendía la mano para que Metty la viera mejor.

—Mi madre siempre decía que una rosa significaba que yo florecería hasta convertirme en un bellezón. Es evidente que ella no era muy imparcial, pero...

—Supongo que no se equivocaba del todo —dijo el capitán a regañadientes.

—Me pregunto qué me tocará a mí —dijo Metty, luego puso una mueca—. ¿Eso... duele? Cuando te conceden tu sino, quiero decir.

—Ni lo más mínimo —respondió su padre.

—Uf, muchísimo —dijo su madre al mismo tiempo, luego puso los ojos en blanco al percibir el enfado del capitán—. No sirve de nada mentirle, y menos cuando está a punto de comprobarlo por sí misma. Mira, cielo, la verdad es que duele como un demonio. Pero solo dura un minuto, como cuando te perforas las orejas.

Metty no llevaba pendientes, así que no se sintió muy reconfortada. El capitán le apoyó una mano en el hombro.

—Escucha, Met, si no te sientes preparada, no hace falta que pases por esto.

Metty se encogió ligeramente de hombros, intentando no dejarse dominar por el miedo.

—Pero si no recibo mi sino hoy, no podré volver a intentarlo, ¿verdad? Es ahora o nunca.

—Así se habla —dijo Daphne, que fulminó con la mirada al capitán—. Y algunos de nosotros hemos realizado un viaje larguísimo para asistir a esto. Además, ¡es emocionante! Seguro que descubriremos que estás destinada a ser alguien fabuloso, como una actriz famosa.

—¿Todo listo, señorita Jones? —preguntó el mayordomo.

—Está bien. —El capitán suspiró—. Acabemos con esto, ¿de acuerdo?

—Lo siento, señor, pero ustedes dos tendrán que esperar aquí. Madame LeBeau prefiere recibir a los niños a solas.

Metty notó un cosquilleo frío en el estómago, como si se acabara de tragar un cubito de hielo.

—¿Quiere decir que tengo que entrar sola?

—No sea ridículo —replicó Daphne, que le dirigió al mayordomo su sonrisa más encantadora—. Fayola es una buena amiga mía. Esa es la única razón por la que hemos elegido venir aquí. Seguro que no le importará que entre yo también.

—¡Jamás de los jamases! —exclamó el capitán—. No pienso quedarme aquí esperando mientras tú...

—Lo siento mucho —interrumpió el mayordomo—, pero su hija debe entrar sola. Así es como se hace siempre. Acompañame, señorita Jones. Te aseguro que no hay nada de qué preocuparse.

Metty siguió al anciano de vuelta al pasillo, con los nervios acumulados en el estómago como una bandada de gorriones.

La condujo hasta un tramo de escaleras tan largo y sombrío que era imposible ver el final.

—Adelante —la instó el mayordomo.

Metty hizo una pausa para echar un último vistazo a sus padres. Daphne tenía un gesto radiante y alentador, el capitán parecía mucho más preocupado.

Metty inspiró hondo. Luego se agarró a la barandilla con una mano temblorosa y comenzó a subir.

CUANDO EL DESTINO ES UNA CALAVERA, ESCONDERSE NO BASTA.

En su décimo cumpleaños, Metty recibe su sino, un tatuaje mágico en la mano. Confía en que simbolice descubrimientos o aventuras, pero es una calavera. La señal es clara y no hay manera de evitarla: el sino de Metty es convertirse en una asesina.

Una extraordinaria y conmovedora aventura de magia y valentía que celebra la importancia de elegir tu propio destino.



ANAYA
www.anayainfantilyjuvenil.com

Ilustración de cubierta
© Devin Elle Kurtz, 2025

